

MARTÍNEZ, M.; ESTEBAN, F.; JOVER, G. y PAYÁ, M. (2016) *La educación, en teoría*. Madrid, Síntesis.

Cuatro son las grandes preguntas que guían y estructuran *La educación, en teoría*; una obra que vuelve a poner sobre la mesa aquellos postulados pedagógicos que articulan el escenario educativo y que, a pesar de haber sido pensados y repensados a lo largo de la historia de la educación, no deben dejar de cuestionarse una vez más ni de comprobar si, efectivamente, están respondiendo a las necesidades que reclama la nueva ciudadanía. Nos encontramos ante una obra que no deja indiferente a quien alguna vez haya sentido cierta inquietud y amor por la educación. Un libro que, lejos de aspirar a convertirse en un manual, apela a la reflexión; continuamente interpelada por el esqueleto de interrogantes que lo conforman. Se trata de, como se señala en su introducción, «poner a la teoría en aprietos» (p. 10) para solamente así construir una ciencia contrastada y fundamentada. La educación no siempre funciona como debería y es «en teoría» hasta donde lo hace. Es la teoría, en este caso, el medio para el fin.

¿Para qué los profesores? Esta es la primera gran pregunta a la que se pretende dar respuesta, haciendo un elogio a los que, sin ellos, «no hubiese sucedido nada de todo esto» (p. 15). Si bien hay pocas afirmaciones ineludibles durante todo el texto, una de ellas es, sin duda, que los y las docentes no pueden desprenderse de la influencia que ejercen en el estudiantado, y que es dicha influencia (que aunque no siempre es positiva aspira a serlo) la que ha contribuido a

lo que a día de hoy somos. Es por ello que se hace una llamada de atención a la importancia que tiene la formación docente (pedagógica, psicológica, didáctica, ética, etc.) en la construcción de la identidad del profesorado y en la calidad de la educación. Además, se anima al mismo a que viva la educación como una forma de influencia educativa, como un acto de encuentro en el que las personas se transforman a su paso. Sin embargo, en una sociedad en la que cada vez se priorizan más los saberes con base científica o tecnológica (generalmente en detrimento de aquellos más artísticos, emocionales o filosóficos) y en la que la relación con el conocimiento ha cambiado debido a su facilidad para acceder a él, ¿qué papel ha de tener el profesorado en dicha sociedad? ¿Son estos los motivos de que surjan cada vez más variaciones de docentes (coach, líder, acompañante...)? ¿Qué tipo de relación educativa debería existir entre conocimiento, docente y discente? Tres son los capítulos enteros que se proponen reflexionar sobre estas cuestiones, subrayando la imperiosa necesidad de que con buenas intenciones no basta, de que necesitamos sentarnos a hablar para llegar a espacios comunes y aclarar de una vez qué lugar queremos que ocupen los y las docentes en la ciudadanía actual.

Ahora bien, la cuestión del profesorado conduce al lector a una nueva pregunta: ¿*Qué es necesario aprender hoy?* o, dicho de otra manera, ¿qué lugar ocupa o ha de ocupar el conocimiento en las prácticas educativas del siglo XXI? Además de la sensación compartida sobre que en las escuelas de hoy en día se aprende de manera diferente que en

las de nuestros antepasados, los autores manifiestan los peligros de la excesiva focalización en la utilidad del conocimiento bajo el paradigma de los resultados y del rendimiento. Así pues, ¿qué tipo de conocimiento están ofreciendo las escuelas? ¿Es que solamente es pertinente «enseñar» lo que se adapta a las volátiles necesidades de esta sociedad posmoderna? Bien parece que un tsunami de cosas útiles, como la educación financiera o las TIC, ha arrasado con todo aquello que formaba parte de la cultura, con todo lo que nos hacía reflexionar, que nos incitaba a ir más allá de lo palpable. Y es que ante la necesidad manifestada de adaptarse continuamente a la realidad, la utilidad queda supeditada y limitada en muchas ocasiones a sus necesidades, dejando a un lado aquellos saberes que son perennes a cualquier época. Se reivindica, por tanto, un tipo de conocimiento que, en definitiva, sea más valioso que útil, si bien ambos tienen cabida en los espacios y tiempos educativos. Al fin y al cabo, la educación es un medio para que el alumnado tenga más opciones para vivir una vida más plena; para lo que a veces es conveniente enseñar «cosas que, aunque no sirven para nada, valen para mucho» (p. 73).

¿Y para quién? ¿Quién es la persona que (en teoría) *aprende*? Es aquí donde se llega a la tercera cuestión del libro, aunque bien podría ser la primera por ser el estudiantado quien hace que la educación tenga sentido y merezca la pena. Una sección dedicada a las nuevas y viejas ideas sobre el alumnado, quien, al igual que el profesorado, también tiene su propia identidad. En esta línea, a pesar de que las

particularidades de cada estudiante son latentes, se hace referencia a dos grandes tradiciones de pensamiento, que dan lugar a distintas formas de concebirlo y, en consecuencia, de entender el quehacer docente. Por un lado, la primera hace referencia a la idea de que el alumnado tiene la capacidad suficiente para descubrir su camino por sí mismo con autonomía y criterio propio. Por otro, la segunda expresa que este, aunque también puede hacerlo, necesita de la ayuda y el impulso del profesorado para conseguirlo (al menos durante un tiempo). En este sentido, si bien ambas concepciones se muestran como perfectamente compatibles, los autores critican el protagonismo de la primera en la realidad educativa, señalando algunas de sus negativas consecuencias. Finalmente, coinciden en que la educación, como proceso de civilización y de desarrollo que es, ha de concebir a los y las estudiantes como recién llegados al mundo y, por ello, entender que dicha llegada no puede hacerse de cualquier forma. Es aquí donde entra en juego la pedagogía, que definirá qué tipo de ciudadanos queremos en el mundo, qué valores cívicos y qué transmisiones culturales preservar.

Finalmente, tras haber tratado de representar y definir al sujeto que aprende, al que enseña y lo que ha de aprenderse y enseñarse, la cuarta parte del presente texto hace referencia al panorama actual en torno a la escenografía pedagógica. Dicho de otro modo, en este capítulo se teoriza sobre *las prácticas educativas*, de las que se derivan distintas realidades. Teniendo en cuenta dicha diversidad, es posible apreciar el continuo reclamo

de los autores para aunar esfuerzos, para que todos los elementos anteriormente analizados mariden a la perfección (o al menos aspiren a ello). En contraposición, se señalan tres grandes tendencias que están repercutiendo negativamente en dicho maridaje: la obsesión por la adaptación a la realidad, el excesivo protagonismo de uno de los tres actores educativos y la creencia de que la práctica educativa es de todos. No obstante, educar se plantea como una responsabilidad compartida, que necesita de la alianza con las familias, de la creación y definición de un sistema de valores común a la comunidad. Resulta prioritario que dejemos de educar a contracorriente, que empecemos a caminar junto a las circunstancias del momento. No podemos olvidar que la práctica educativa ha de ser una práctica transformadora, de la que las personas deberían salir diferentes, habiendo vivido un auténtico proceso humano; un verdadero acontecimiento ético.

Todo es importante: quien enseña, lo que se enseña, que se enseñe

adecuadamente y que los que aprenden lo hagan de la mejor manera posible. Esto es lo que se pretende demostrar a través de una ciencia que no parte de los resultados empíricos neutros, sino que se basa en los distintos ámbitos del saber que cuentan con implicaciones éticas. Si bien se destina el último capítulo a dicho campo, la cuestión fundamental queda plasmada durante todo el libro: ¿de qué manera puede ayudarnos la teoría de la educación a dar respuesta a las necesidades del siglo XXI? Sencillamente, a ofrecernos un espacio de conversación entre las distintas realidades. Porque no hay que olvidar que la educación, si bien no suele suceder como debería, ha de alimentarse de teoría; y que «un educador, lo sepa o no, es la encarnación de una o varias teorías educativas, un representante de una manera de pensar» (p. 10). El presente libro contribuye, sin duda, a hacerlo de una manera más consciente, meditada y rigurosa.

Aída Valero Valero Moya